

Luigi Giussani

El rostro del hombre

Las dimensiones reales de nuestro yo



 EN
CUENTRO

100XUNO

El rostro del hombre

100XUNO

Luigi Giussani

El rostro del hombre

Las dimensiones reales de nuestro yo

Traducción de José Miguel Oriol



Título original: *Alla ricerca del volto umano*

© 1995 Fraternità di Comunione e Liberazione
© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 1996; 2026
Traducción de José Miguel Oriol
Nueva edición corregida

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 177

Fotocomposición: Encuentro-Madrid
Impresión: TG-Madrid
ISBN: 978-84-1339-306-3
Depósito Legal: M-26554-2026
Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607
www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Nota editorial.....	7
Introducción	9

PRIMERA PARTE ITINERARIO DEL DRAMA: EN BUSCA DEL ROSTRO HUMANO

Dónde radica la consistencia del hombre	21
Resistencia a la verdad de uno mismo.....	33
La imagen completa.....	45
Pertenecer: verdad de uno mismo	61
Valorad todo: el nuevo criterio.....	71
La ascesis: el drama de la afectividad	83

SEGUNDA PARTE DECISIÓN PARA LA EXISTENCIA

Reconocer la evidencia del hecho.....	95
Una presencia a la que seguir.....	105
Una propuesta a verificar.....	111
La verificación como prenda	119
La afirmación de los valores y la práctica.....	127

TERCERA PARTE

MORALIDAD: MEMORIA Y DESEO

Puntos esenciales para la formación de una personalidad cristiana	133
LA PLEGARIA	145
Oración: conciencia de dependencia.....	147
Oración y espíritu comunitario.....	153
Oración: memoria del hecho de cristo.....	159
LA SANTIDAD COMO DESEO DE VIDA.....	167
El santo es un hombre.....	169
La conciencia de la incapacidad.....	173
El afecto a Cristo	177
Parte de un pueblo.....	187
Conclusión	195
EL SENTIDO DEL PECADO.....	197
Las raíces del pecado y sus definiciones	199
La dinámica del pecado	211
Conversación sobre el sentido del pecado.....	225
Conclusión	237

NOTA EDITORIAL

El presente volumen recoge los textos principales de tres libros publicados ya con anterioridad por Ediciones Encuentro. Dichas ediciones figuran en nuestro catálogo con los títulos *En busca del rostro humano* (1985), *Decisión para la existencia* (1988) y *Moralidad: Memoria y deseo* (1983) e incluyen algunos prólogos y apéndices que no aparecen en la presente edición. La traducción de todos los textos fue revisada y corregida para la edición anterior de 1996, que incluye, además, una introducción nueva del autor al conjunto del libro. Esta nueva edición ha sido también revisada y corregida, y se han actualizado las referencias bibliográficas.

INTRODUCCIÓN

El mayor obstáculo para el camino del hombre es el «descuido» del yo. En lo contrario de este «descuido», es decir, en el interés por el propio yo, consiste el primer paso para caminar de un modo verdaderamente humano.

Parece obvio que se tenga este interés, pero de ningún modo es así: basta considerar los grandes vacíos que se abren en el tejido cotidiano de nuestra conciencia y la dispersión que sufre nuestra memoria. Efectivamente, los factores que componen el «sujeto» humano no se captan en abstracto, no son algo «preconcebido», sino que se ponen de manifiesto cuando el yo entra en acción, cuando el sujeto está comprometido con la realidad.

Sobre la palabra «yo» existe hoy una gran confusión, y sin embargo es de primordial interés comprender qué es *mi sujeto*. Porque mi sujeto, de hecho, está en el centro, en la raíz de todos mis actos (acto es también un pensamiento). La acción es la dinámica mediante la que yo entro en relación con cualquier persona o cosa. Si descuido mi yo, es imposible que sean mías las relaciones con la vida, que la vida misma (el cielo, la mujer, el amigo, la música) sea mía.

Para poder decir «mío» con seriedad hay que percibir lípidamente lo que constituye nuestro propio yo. No hay nada tan fascinante como el descubrimiento de las dimensiones reales que tiene nuestro yo; nada está tan repleto de sorpresas como el descubrimiento del rostro humano.

Y nada hay tan conmovedor como el que Dios se haya hecho hombre para prestarnos la ayuda definitiva, para acompañarnos con discreción, ternura y poder en el camino fatigoso de cada uno para buscar su propio rostro de hombre. Dios demuestra su paternidad no sólo con la creación de todas las cosas y con el dominio de destinos y circunstancias, sino también, especialmente, con este acercamiento, como un compañero imprevisto e imprevisible, al camino en el que cada cual crece adquiriendo la figura a la que está destinado.

La primera constatación que surge, al comenzar cualquier investigación seria sobre lo que constituye nuestro sujeto, es que la confusión que predomina actualmente detrás de la frágil máscara (casi un *flatus vocis*) de nuestro yo, procede, en gran parte, de un influjo exterior a nuestra persona. Es preciso tener bien en cuenta la influencia decisiva que ejerce sobre nosotros lo que el Evangelio llama «el mundo», que se presenta como enemigo de la formación estable, digna y consistente de la personalidad humana. Existe una fortísima presión del mundo que nos rodea (a través de los medios de comunicación de masas, pero también por medio de la escuela o la política) que influye en nosotros y acaba por impedir —en forma de prejuicio— cualquier intento de tomar conciencia de nuestro propio yo. Paradójicamente, si nos aplastan un dedo en el tranvía o en la escuela, reaccionamos enseguida, montamos inmediatamente en cólera. Pero si, como suele ocurrir, es nuestra personalidad, nuestro yo, lo que resulta aplastado, es decir, literalmente suprimido o tan amedrentado que se queda como alelado, esto lo soportamos tranquilamente todos los días.

El resultado de esta opresión o intimidación es evidente: hoy la misma palabra «yo» evoca para la inmensa mayoría algo confuso y fluctuante, un término que se usa por comodidad con mero valor indicativo (como «botella» o «vaso»). Pero detrás de esta palabreja ha dejado de brillar cualquier cosa que indique con vigor y claridad qué clase de concepto y sentimiento posee el hombre del valor de su propio yo.

Por ello puede decirse que vivimos una época en que la civilización parece fenecer, pues una civilización evoluciona en la medida en que

favorece que salga a la superficie y quede claro el valor de cada yo individual. Y, al contrario, atravesamos tiempos en los que se favorece una enorme confusión en torno al contenido de la palabra yo.

La consecuencia inevitable y literalmente trágica de esta confusión en la que se «disuelve» la realidad del yo es, a su vez, la «disolución» del término tú.

El hombre de hoy no sabe decir conscientemente «tú» a nadie. Ésa es la raíz última y aparentemente escondida de la violencia y la búsqueda de poder que determinan hoy por lo general las relaciones usuales entre las personas: éstas se basan generalmente en la sistemática reducción del otro a un designio de posesión y de uso, en la ausencia de cualquier clase de estupor o conmoción por la existencia del otro.

La confusión que altera los rasgos del rostro humano es el ápice de una crisis que tiene orígenes históricos y, podríamos decir, existenciales bien precisos, de modo que en la experiencia individual de un hombre occidental de nuestro tiempo esta confusión se produce siguiendo punto por punto el mismo itinerario que ha tenido lugar en la historia: experiencia individual y experiencia histórica coinciden. Como ya hemos subrayado en otro lugar (*La conciencia religiosa en el hombre moderno*, Encuentro, Madrid 1986), hubo una época en que se abrió camino en el hombre la pretensión de ser él la medida y, por consiguiente, el dueño de la realidad. Se trató de un humanismo en el que la razón —que es el instrumento con que se abre el hombre a la realidad hasta su último horizonte misterioso— no se concebía ya como apertura, sino como medida, como garantía última de la existencia misma de lo real, como jaula en la que encerrar la inagotable naturaleza de la realidad. El hombre se erigió en medida de todas las cosas, consiguiendo reducirlas todas ellas a la medida de su capacidad y de su poder sobre ellas. Sobre la base de su capacidad y del resultado afortunado de sus intentos de poder, de dominio de lo real, se pretendió fundamentar la dignidad y el valor mismo del ser humano. En este camino, la variedad de los factores que constituyen la personalidad del hombre y la convivencia humana dejaron de tender a la

unidad. La figura del Santo, que representa una imagen ejemplar de la personalidad humana que vive una experiencia no fragmentada de su yo, del cosmos y de la historia, fue sustituida por la idea del hombre como «divo», que debe pretender imponer su soberanía en uno o varios campos de la realidad, entendida de manera fragmentaria. Con esta fragmentación de la experiencia Dios se convirtió en una realidad inútil, ya que, por mucho que fuera profesada, la relación con Él se concebía como relación con una abstracción, como un factor que ya no era decisivo en la determinación del desarrollo concreto de la existencia. La misma presencia de Dios en la autoconciencia del individuo y en su aventura terrena comenzó a ser vista como algo hostil. En esta transformación intervinieron múltiples factores —culturales, psicológicos y eclesiales— que ya hemos examinado en otro lugar (cfr. *La conciencia religiosa en el hombre moderno*). De hecho, la época que siguió a la Edad Media quedó completamente embebida de esta pretensión del hombre de prescindir de Dios a la hora de definir su propio rostro y su relación con la realidad.

El agotamiento actual de esta pretensión coincide con su extremización.

Efectivamente, al cabo de todos estos siglos ha resultado evidente la incapacidad del hombre para reconocer su propio rostro e instaurar una relación adecuada —es decir, no marcada por la mentira, por la censura o por una posesividad que sólo produce escombros— con la realidad en que vive. Eliminado Dios como fuente y como ley de todo lo real, la realidad se ha vuelto incomprensible, huidiza, y dentro de ella se ha disuelto el factor que debería ser su punto autoconsciente: el yo. De tal modo que, en esa confusión, la única energía que aparentemente consiente la natural propensión de los hombres a reunirse y comunicarse parece ser la que garantiza el poder, bajo su doble aspecto de moda homologadora y de instrumentalización.

El trágico sentimiento de esta derrota se ve atestiguado de manera conmovedora y clara en todas las obras más importantes del ingenio artístico y filosófico de nuestra época. Es un testimonio en el que se

expresa el sentimiento trágico de la vida y en el que, a veces, emerge una gran melancolía por la necesidad de reconocer un significado y una presencia (Dios) cuya existencia se intuye, pero cuyo rostro y cuya morada se ignoran. «Hay un punto de llegada, pero ningún camino», dijo Kafka, expresando con grave lucidez esa extraña contradicción: la razón, por su propia naturaleza, advierte la existencia de un objetivo, de la verdad, pero todo parece oscuro, todos los puentes que el hombre levanta entre sí y ese objetivo están destinados a fracasar, no parece que haya ningún camino. La sentencia de Kafka condena a todos a la desesperación, pues, al no admitir posibles iniciativas del «punto de llegada» frente a nosotros, comete en última instancia una deslealtad con la razón. Al actuar de este modo se retira al hombre de cualquier clase de tensión y espera ante el misterio de la existencia, arrojándolo a una grotesca «seguridad irracional»; porque la razón, en efecto, si está libre, trata continuamente de encontrar el «camino», manteniendo abiertas todas las posibilidades. La categoría de lo «posible» es la que mejor califica la dinámica de la razón, cualquiera que sea el método que ésta siga (cfr. *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2023).

Con la confusión que hay acerca del rostro último de nuestro yo y de la realidad, está madurando actualmente un intento extremo de proseguir en esa huida de la relación que tenemos con el Misterio infinito, y que cualquier hombre razonable ve en el horizonte y en la raíz de todas sus experiencias humanas: es menester negar toda consistencia última al vivir. Puesto que la realidad parece escapar al pretendido dominio del hombre, el extremo recurso del orgullo es negarle cualquier consistencia, considerar arbitrariamente todo como si fuera una ilusión o un juego. Podemos llamar nihilismo a lo que hoy reina en el modo de pensar y de ver que impone la cultura dominante. Pero se trata de un nihilismo que ni siquiera conserva el sentimiento trágico por la derrota que lo motiva, sino que más bien lo disimula reduciendo engañosamente todo a juego, a arbitraria invitación al escepticismo y a la ligereza moral.

El encuentro con el acontecimiento cristiano es, desde hace dos mil años, un encuentro con un fenómeno humano (con un hombre, con una compañía de personas) mediante el cual la pasión por descubrir el propio rostro y la apertura a la realidad se ven «extrañamente» despertadas. Y esta pasión se mantiene continuamente despierta por algo que no es producto de pensamientos o filosofías particulares.

Los primeros dos que siguieron a Jesús a orillas del río Jordán fueron los primeros protagonistas, tras María, de una misteriosa reconquista de lo humano: fueron los primeros protagonistas del encuentro con Cristo, con una presencia excepcional en la historia. En el pasaje del Evangelio donde Juan fija después de tantos años su recuerdo de aquel día, el encuentro con Jesús cerca del Jordán, el haberle seguido tras las «extrañas» palabras del Bautista al señalarle, la estancia en su casa después de que a la pregunta de ellos Él respondiera «Venid y ved», están apenas descritos. Y sin embargo, como reconoce F. Mauriac en una página de su *Vida de Jesús*, aquel episodio sigue siendo el momento más conmovedor del Evangelio. Se narra en él un encuentro preciso, histórico (¡se acuerda de la hora, las cuatro de la tarde!), y sin embargo en el apunte que el discípulo dicta en el Evangelio casi todo queda implícito. Pero podemos imaginar lo implícito perfectamente, visto cómo se hizo explícito después y cómo se vio cambiada la vida de aquellos dos pescadores. Su humanidad y su corazón se estremecieron ya en aquel primer encuentro decisivo por un presentimiento, por una evidencia inicial y al mismo tiempo clara: aquel hombre les había hablado como nadie, nunca habían encontrado a nadie como Él. Después de tantos años, ¡cuántas cosas más habrían visto con respecto a aquel día y, aunque confusamente, cuánto más habrían comprendido de lo que Él había comenzado a decir aquel día! Y, sin embargo, el carácter excepcional de aquel encuentro seguía estando intacto a los ojos del anciano evangelista. El corazón de los dos pescadores se había topado aquel día con una presencia que correspondía de manera inesperada y evidente al deseo de verdad, de belleza y de justicia que constituía su humanidad sencilla y carente de presunción.

Desde entonces, si bien traicionándole y malinterpretándole miles de veces, nunca le iban a abandonar ya, se iban a volver «suyos».

Aquella Presencia había introducido inmediatamente en sus vidas una exigencia urgente de cambio, de perfeccionamiento de su propia humanidad, tan potente que la historia iba a cambiar por causa de su acción, y la santidad iba a entrar en el mundo como una experiencia nunca imaginada hasta entonces de pureza y fecundidad humanas. La consecuencia inevitable del acontecimiento cristiano, efectivamente, es la inauguración de un nuevo tipo de «moralidad». Ésta florece no por el respeto de reglas que, aunque sea sutilmente, están dictadas en último análisis (incluso en la presunta moral individual) por la mentalidad común y, consiguientemente, por el poder que mayormente influye en ella, sino por el reconocimiento de un encuentro excepcional. Es una moralidad, un cambio de criterio y de acción que ocurre conforme a la dinámica bien observada por Romano Guardini: «En la experiencia de un gran amor todo lo que sucede se convierte en acontecimiento que transcurre dentro de su ámbito». La presencia de Cristo y el hecho de ser amigos suyos, en efecto, introduce en la vida una capacidad que tiende a hacernos mirar y tratar a las personas y las cosas teniendo en cuenta todos los factores que están en juego: con un respeto y una atención grande a los detalles y al destino. En este sentido, la moralidad verdadera consiste, como la verdadera razón, en una apertura, en una tensión consciente hacia todos los factores que hay en juego dentro de la realidad.

En un momento en que la misma palabra «moralidad» se ha convertido en una nebulosa, cuando no en un término que se emplea instrumental e hipócritamente en la lucha por el poder, volver a descubrir en qué consiste y cómo se forma la auténtica tensión moral es una tarea urgente y a la vez apasionante.

Un hombre dijo de sí mismo que era Dios: así comenzó un fenómeno que pertenece de modo particular al ámbito de la experiencia religiosa, es decir, a esa serie de preguntas y de tentativas con las cuales

el hombre de todos los tiempos ha tratado de conocer el sentido de su propia existencia, y de establecer un nexo entre el carácter finito que tiene su rostro y su existencia y el misterio infinito de su destino. Cristo vuelve del revés el método habitual, es decir, el «camino» por el que siempre se había aventurado toda seria tentativa humana de relacionarse con el Misterio, con ese Dios que aparece en el «mapa» del ser como la «tierra incógnita» que viene indicada en los márgenes de los mapas de los antiguos navegantes. Ya no es el hombre quien trata de entablar relación con un Dios lejano, poniendo en ello de manera sorprendente y conmovedora toda su imaginación y devoción; es Dios quien se hace compañero del hombre de la manera más concreta y discreta posible. La relación humana con ese Jesús que camina, come, se conmueve y realiza gestos de una bondad y poder tales que, al verlos, no se puede dejar de pensar que se trata de una acción divina, se revela, a los primeros doce y luego durante toda la historia hasta llegar a nosotros, como el camino mediante el cual se puede entrar en relación con el Misterio que hace todas las cosas, como la vía por la cual reconocer nuestro destino de hijos y, por consiguiente, nuestro rostro. Como escribió Juan Pablo II en su primera y fundamental encíclica, *Redemptor hominis*: «El hombre permanece siendo para sí mismo un ser incomprensible, su vida carece de sentido unitario si no encuentra a Jesucristo. Por eso es Cristo Redentor quien revela plenamente el hombre al hombre mismo». Jesucristo nos revela que Él es el camino no porque se imponga como tal (aunque habría podido —¡era Dios!—), sino porque se comunica a través de la dinámica que es más connatural y respetuosa del conocimiento humano: Él (como se estudia en *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2025) se revela como una presencia que corresponde de modo excepcional a los deseos más naturales de la razón y del corazón humanos. Él muestra su excepcionalidad porque es un hombre ante el cual el corazón humano advierte que corresponde a aquello para lo que está naturalmente hecho, cosa que nunca siente, ni siquiera ante las cosas más hermosas y que más le atrapan en su existencia, aunque

sólo sea por la sospecha de su brevedad, lo que provoca en él una última tristeza. Nadie es como Él, han de reconocer los suyos; para no creerle —dice san Pedro con un impulso de claridad— tendrían que dejar de creer a sus propios ojos. Dicha evidencia excepcional no anula sino que exalta la libertad humana: ante el «Ven y sígueme», repetido sin distinción a pescadores, mafiosos, prostitutas, sabios y políticos, cada cual es llamado a «desvelar los pensamientos» de su propio corazón, a decidir si opta por la verdad o bien por sus propias ideas y conveniencias.

El cristianismo se presenta, pues, desde su primera aparición en el mundo como acontecimiento. Lo es el nacimiento de un Niño en Belén; lo es, física e históricamente, la infancia y la juventud de Jesús ante los ojos asombrados y conmovidos de María; lo es el encuentro con Juan y Andrés y todos los demás encuentros que comunicaron ese Acontecimiento a todos los rincones de la tierra y hasta llegar a nosotros.

La categoría de «acontecimiento», por lo demás, es la más adecuada para el conocimiento y la experiencia humanos, ya se trate del conocimiento del yo o de cualquier otro tipo de conocimiento: es una categoría capital, puesto que sólo un acontecimiento pone en marcha, o puede modificar, un proceso serio de conocimiento.

La continuidad de esta presencia excepcional en el mundo y en la historia se produce por el flujo humano cuya «cabeza» es Cristo: se trata de su cuerpo, la Iglesia. Esta es la «Extranjera», como la llama T. S. Eliot, es decir, una realidad humana cuya conciencia y cuya existencia están determinadas por un factor que no pertenece al mundo ni al hombre: la Iglesia, en efecto, como hemos estudiado en otro lugar (cfr. *Por qué la Iglesia*, tomo II, *El signo eficaz de lo divino en la historia*, Encuentro, Madrid 1993), es un fenómeno histórico en el que lo divino se comunica a través de lo humano, es el retorno perenne del acontecimiento de Cristo. Por eso, una forma de moralidad que pretenda llamarse cristiana encuentra apoyo e impulso sólo perteneciendo a la experiencia de la Iglesia.

«El verdadero drama de esa Iglesia a la que le gusta llamarse moderna —dijo Juan Pablo I— es el intento de corregir con reglas el asombro por el acontecimiento de Cristo». Hoy, mientras resuena dramáticamente el interrogante que leemos en los *Coros de «La Piedra»* de T. S. Eliot («¿Es la Iglesia la que ha abandonado a la humanidad, o es la humanidad la que ha abandonado a la Iglesia?»), el Espíritu, que es la energía con la que Dios actúa en el mundo, no deja de provocar en hombres y mujeres el mismo e idéntico asombro que experimentaron Juan y Andrés ante el acontecimiento cristiano. En lugares lejanos, en las tierras más remotas —e incluso en los acostumbrados ámbitos del trabajo y de la familia, tan a menudo trágicamente «desiertos» de humanidad—, revive el acontecimiento cristiano. Todavía igual, y quizás aún más, que durante el gran movimiento benedictino, los cristianos siguen comunicando al mundo una experiencia positiva, un impulso de caridad que sirve a todo el pueblo. Esto ocurre allí donde el cristianismo no está reducido a «discurso», a «palabra» y al consiguiente subjetivismo, sino que existe como experiencia de algo que acontece en el presente. Lo que no se percibe como experiencia presente no existe; ser contemporáneos a Cristo es la única condición para que comience realmente nuestro conocimiento de Él como *consistencia de todas las cosas* (Col 1), como comienzo de un pueblo nuevo (Ga 3), como criterio con el que afrontar la totalidad de la experiencia (catolicidad) y como origen de una posición cultural, de un punto de vista que permite examinarlo todo y quedarnos con lo que vale (1 Ts 5).

Así, pues, ante el acontecimiento cristiano —que es el acontecimiento más extraordinario de la historia humana, a la que reviste por entero de un valor conmovedor— la pregunta que se plantea y que sirve para medir la seriedad y la pasión con las que un hombre mira a su propia vida es: ¿De qué se trata?

Milán, 22 de febrero de 1995

PRIMERA PARTE

ITINERARIO DEL DRAMA:
EN BUSCA DEL ROSTRO HUMANO

DÓNDE RADICA LA CONSISTENCIA DEL HOMBRE

DIOS, DESTINO DEL HOMBRE

Cada uno de nosotros, si reflexiona, puede advertir cuáles son los factores más habituales que contribuyen a formar en él, en su inteligencia, su imaginación y su sentimiento, una imagen de sí mismo como hombre.

Tales factores representan el sentido que tenemos de nosotros mismos y de los demás, porque los otros se nos asemejan y nos dan la medida de los elementos que consideramos esenciales de lo humano.

Pero llegar a encontrar lo que constituye la imagen del hombre no es «un» punto más de cualquier argumentación, es «el» punto hacia el que convergen todas las energías de nuestra sensibilidad, de nuestra afectividad y de nuestra inteligencia en espera de su pleno alcance.

No voy a describir aquí las diversas representaciones de lo humano que son típicas de nuestra sociedad y de nuestro tiempo.

Pero sí me apresuro a decir que para el hombre real el Señor es todo: el Señor, es decir, el Misterio del que todo fluye, en cada instante, en su totalidad.

La Biblia introduce al hombre en la historia de la creación de la siguiente manera: «Después dijo Dios: ‘Hagamos al hombre a imagen nuestra, a nuestra semejanza’» (Gn 1,26).

La narración bíblica nos hace afrontar sin preámbulos esta característica de nuestra naturaleza: que lleva inscrita en ella a Dios como destino suyo.

Por consiguiente, si el destino intrínseco de nuestra naturaleza es el Señor, entonces el Señor es todo. La Biblia nos muestra en una fugaz secuencia la expresión «el Señor es todo» como experiencia vital: «Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahvé Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa...» (Gn 3,8). El autor bíblico quiere dar una idea de la familiaridad esencial de Dios con el hombre, de la costumbre de la presencia divina que caracterizaba a la vida del hombre y de la mujer antes del pecado.

El Señor es todo no por un esfuerzo de nuestro sentimiento, porque «sentamos» que es todo, no por un esfuerzo de nuestra voluntad, porque «decidamos» que sea todo, no por una actitud moralizante, porque «deba» ser todo, sino por naturaleza.

Y el hecho de que el Señor sea todo por naturaleza no ha surgido tampoco como fruto del conocimiento, no es el resultado de una reflexión filosófica. Que el Señor es el Señor porque nos constituye, y determina por consiguiente la vida, es algo que se ha hecho evidente en el marco de la intervención suya en la historia, por medio de su desvelamiento histórico.

Dios ha desvelado al hombre el rostro de su destino desvelándose Él mismo, nos ha dado a conocer el nombre del destino humano mediante su Presencia, ha intervenido para recordarnos que Él es el destino del hombre, el «unum» capaz de hacer humana la vida del hombre. Lo que significará en la historia una larga tarea de redimensionamiento del orgullo humano que, por el contrario, bien sea por lo que se refiere precisamente a la imagen de su destino, o a los factores constitutivos de su propia fisonomía, ha tratado siempre de afirmarse a sí mismo como totalidad autónoma.

DIOS SE REVELA COMO SEÑOR DEL HOMBRE A TRAVÉS DE LA HISTORIA

Para definirse Él mismo de forma concreta con relación al hombre, Dios se ha manifestado como *dueño de la historia*. La Biblia nos da, una

El rostro del hombre

«No hay nada tan fascinante como el descubrimiento de las dimensiones reales que tiene nuestro yo; nada está tan repleto de sorpresas como el descubrimiento del rostro humano. Y nada hay tan conmovedor como el que Dios se haya hecho hombre, para prestarnos la ayuda definitiva, para acompañarnos con discreción, ternura y poder en el camino fatigoso de cada uno para buscar su propio rostro de hombre».

Luigi Giussani nos invita a recorrer este camino sin dejar fuera nada de nuestra experiencia. En el centro de estas páginas está la presencia de un Dios que se ha hecho hombre para caminar a nuestro lado. Una propuesta que nace de la experiencia cristiana y nos acerca a una de las aventuras más sorprendentes de la vida: descubrir nuestro propio rostro humano.

Depósito Legal: M-26554-2026



ISBN: 978-84-1339-306-3



9 788413 393063